

## Recuerdos sobre la vida de Lafcadio Hearn

El principal biógrafo japonés que ha tenido Hearn, es decir el escritor Yone Noguchi, ha recordado en diversas ocasiones la vida encendida de fuego intelectual del escritor inglés, naturalizado a la nacionalidad japonesa nada más que por su amor a una mujer, su esposa, y a la literatura de aquel país. La admiración de Hearn por la mujeres japonesas tenía un profundo sentido artístico. Se reunía en él, para admirarlas, el romántico inglés al escritor impresionista penetrado de la objetividad pintoresca de su país de adopción. Hablando de este aspecto del sensitivo temperamento del autor de *Glimpses of Unfamiliar Japan*, *Kokoro*, *Gleaning in Buddha-Fields*, *Kwaidan*, etc., y tantas otras deliciosas obras, cita una frase de una de sus cartas, en la que Hearn afirma que las mujeres japonesas «son ciertamente los seres más encantadores que he visto jamás. Todas las buenas cosas de la raza están en ellas. Son niñas amantes, regocijadas, de corazones simples, con sorprendente infinidad de maneras risueñas.» Noguchi, por su parte, dice: «La señora Hearn le proporcionó la llave extraña que le permitiera abrir la puerta que conduce a la secreta belleza de la vida japonesa: era la llave del amor.»

El biógrafo nipón anota cómo la señora Koizumi venera el espíritu de su extinto marido. Esta costumbre en el Japón es cosa importantísima. En la casa de la viuda del escritor, la pieza de trabajo de éste ha sido conservada como cuando él vivía. «En un rincón de la oficina—escribe Noguchi—observo una mesa extrañamente alta sobre la cual Hearn escribía. Estoy seguro de que ese rincón era su sitio preferido. La pieza está rodeada de bibliotecas poco altas, que contienen de seis a setecientos volúmenes, entre los que están las obras completas de De Quincey. Alguien ha observado que Hearn se parecía a De Quincey en más de un aspecto. Y el profesor Otami, que fué uno de los discípulos de Hearn y durante algún tiempo su secretario, me ha dicho que éste consagraba de buena gana todo el dinero que le reportaban sus obras literarias a la compra de libros.»

Otros rasgos completan la nota del ambiente, que, tratándose de un hogar japonés, siempre está lleno de sugestión artística. La fotografía de Koizumi está en el centro del altar familiar, y, siguiendo la costumbre ancestral, sobre una pequeña mesita llamada *sambo*, permanece el ex-voto de un gran pedazo de pan. Un amigo íntimo en la casa de la viuda Hearn—el capitán Fujisaki—asegura a Noguchi

que los hijos del venerable y admirado poeta no se acuestan sin decir ante el retrato: «Buenas noches, Papá San (señor Papá). Que tengas hermosos sueños.» Los pequeños le consideran vivo aún, porque en el Japón el respeto de menores a mayores es tan amplio que no encuentra ninguna intersección en la muerte. El incienso arde día y noche ante el altar. Y ante él cruzan en silencio—como puras sombras sin perspectiva de una linterna china, reflejándose en los tabiques de papel—los sirvientes. Sólo hacen un débil ruido en el *tokonoma*, sala de recibo, cuando llegan las visitas, donde éstas pueden detenerse a admirar varios *kakemonos* (cuadros rectangulares) que en vida estimaba mucho el escritor, sobre todo uno de ellos que representa a un monje soñando ante un manuscrito abierto sobre la mesa. Detrás del sacerdote aparece Fudo, el Dios Flameante, rodeado de llamas. «Yo creo que durante su vida el mismo Hearn soñó en un dios de fuego y de ideal, igual que el monje adormecido», agrega Noguchi en una bella comparación sugeridora.

Estos recuerdos y los de la viuda de Hearn, recopilados por Yone Noguchi, están llenos de datos sumamente pintorescos respecto a las costumbres del escritor inglés. Su *doraku*, por ejemplo, es decir, su manía por coleccionar pi-

pas japonesas: llegó a juntar novecientas de ellas. No se interesaba nunca por una pipa con labor de plata u oro, sino por aquellas de cobre, ordinarias, pero que tenían forma única, con caracteres cincelados. Sobre todo, prefería las más raras, con imágenes de asuntos búdicos. Hearn se preocupaba mucho de sus pipas, casi tanto como de su arte literario. Tenía dos cajas superpuestas, unidas en sus cuatro costados por brazos de madera—uno de esos raros muebles nipones—y guardaba en la parte superior las pipas limpias, y en la inferior las que era necesario limpiar. Uno de sus sirvientes estaba encargado especialmente de esta tarea. «Cuando yo le veía fumar—cuenta la señora Hearn—me preguntaba siempre qué celeste placer sentiría. ¡Parecía tan feliz con su pipa! Escogía una entre un centenar de otras, cayendo sobre su *ganakuki* (pipa en forma de cuello de pato salvaje) su ágil mirada de conocedor, y se ponía a fumar con una vaga sonrisa. Después tomaba otra, y después otra. Sentábase al modo japonés, y cuando fumaba posaba la mano derecha sobre su rodilla y se balanceaba suavemente de adelante hacia atrás. A veces yo le oía murmurar: «No», cuando fumaba. Sin duda estaba hundido en sus meditaciones, y el acto de fumar le abría una mágica

puerta de ensueño en lo más íntimo del corazón.»

Habitualmente, Hearn se paseaba lentamente por su biblioteca o por el pasadizo que da al jardín, cuando se fatigaba de escribir, o cuando quería precisar sus sueños. La mañana de su muerte, el 26 de septiembre de 1904, se levantó temprano e hizo este trayecto. Se detuvo en la sala de recibo (*tokonoma*), donde su esposa había suspendido una nueva pintura de un artista de la escuela de Bubatsu-In, que representaba una noche de luna, como son las noches de luna en el Japón. Hearn se detuvo ante el cuadro y exclamó: «¡Oh, qué hermoso cuadro! Yo quisiera ir a un sitio como ese que está pintado en él.» Y en efecto, anota Noguchi, no habían transcurrido doce horas de ese día, cuando Lafcadio Hearn sufría el ataque al corazón que iba a transportarle definitivamente al país de los sueños teñidos de luna. . . .

Un detalle misterioso fué presagio de la muerte del escritor. Pocos días antes, un sirviente descubrió que un cerezo había florecido antes de tiempo, lo que los japoneses llaman *kaerizaki*. Y por extraña coincidencia, las hojas se dirigían hacia la ventana de la pieza de Hearn. Esto fué visto por toda la familia Koizumi como un augurio maligno, aunque la esposa en un principio, se guardó de decírselo, a pesar

de que cotidianamente le comunicaba los más ínfimos detalles de la vida casera, cuando Lafcadio salía de su mundo irreal de los libros. Sin embargo, la señora Hearn terminó por decirlo. «¡Vaya, y es cierto!», exclamó Hearn con júbilo, ya que toda la naturaleza le interesaba profundamente, y en especial la del Japón. Salió afuera y contempló el árbol con curiosidad. Después dijo:

—Es extraño y hermoso. La flor ha debido creer que ya había llegado la primavera, a causa de que ha hecho un buen tiempo cálido. Pero pronto le dará terror y morirá bajo el frío que se acerca.

«Llamad esto superstición, si queréis—comenta la señora Hearn—, pero no puedo menos de creer que el árbol había florecido para decir adiós a Hearn, puesto que era su árbol preferido.» En otra parte, nos proporciona detalles sobre la vida social de la familia Koizumi.

«Vivíamos simplemente. El detestaba el mundo, y yo por mi parte trataba de escapar a toda relación mundana. Raramente recibíamos amigos. Ir a la Universidad, leer, pensar, escribir, oírme contar una historia cuando yo tenía alguna que narrarle, enseñar el inglés a Kazuo (1), dar un pequeño paseo. . . , tal era lo

(1) Nombre del mayor de los tres hijos de Hearn que quedaron al morir éste.

habitual de su vida. Nunca sucedía, en el curso del paseo de dos horas que hacía todos los días, que atravesara las calles frecuentadas de la ciudad; pero, en cambio, exploraba cada calle de los barrios de Ushigone y Yotsuya, y sobre todo Zoshigaya, Ichit y sus

vecindades. Llevaba a Kazuo con él, y yo les acompañaba a menudo.»

En un número próximo continuaremos extractando las memorias de la vida de Hearn, que han visto la luz, traducidas al francés, en la *Revue Bleue* de París.—A.